

Samuel A. Lillo

La Canción del Periodista (1)

Ser periodista
es llevar en un mismo perfil
los rasgos unidos
del apóstol, del bardo
y del paladín;
es volar con las rápidas alas
y el ojo avisor del halcón;
tener en la frente
un nido de ideales y ensueños
y, en el corazón,
una clara fuente
de verdad, de justicia y de amor.

Tiene tu palabra,
unción de profeta
si defiende el derecho o la ley,
y si implora clemencia,
piedades de evangelio, ternuras de mujer.

En las horas amargas
es dulzura tu voz;
da confianza al incierto;
al humilde, valor.
Es viento que abate
al árbol soberbio que lo desafió
y, en los tiempos áridos,

(1) Poesía leída por su autor en la velada de la Universidad de Chile.

es agua de riego que, al rayo del sol,
extrae del surco,
pensamientos en brote
e ideales en flor.

Periodista, apóstol
de la libertad,
tú llevas oculto en la mente
una fuerza gigante y genial,
que derriba los torpes baluartes
que alzó la opresión,
rompe los hierros de los esclavos
y muestra al preso la luz del Sol.
Cuando suena tu acento
liberador,
tiembla el tirano, marchan las huestes
como si oyeran una canción,
y en los escombros de las bastillas,
surge la frente joven y libre
de una nación.

Periodista valiente que haces
un altar de justicia
de tu corazón,
y arrojas, severo,
con las llamaradas de tu indignación,
las falsas figuras, los ídolos vanos
que, entre el silencio de la impunidad
escalaron un día, con pasos de lobos,
las gradas que llevan al templo inmortal.
Yo aplaudo tu cólera;
tú cumples con ella la misma misión
que llenara el Cristo
cuando el látigo fiero su diestra empuñó.
para echar la turba de los mercaderes
del templo de Sión.

Pero tú, desgraciado que llevas
un nudo de víboras
en tu pecho desleal,
y mojas tu pluma
en la envidia y el mal,
falso periodista, tienes por castigo

como un contragolpe, tu propia maldad,
pues el que atacaste con ira sangrienta
o burla cruel
más noble y más puro
se alzaré después;
que es ley natural
que cuanto más agrio es el ácido,
más limpio y brillante aparece el metal.

Joven reportero, que vas
sin ningún amparo a la caza
de noticias como un cachorro
inquieto, inexperto y audaz,
cuando retornas orgulloso,
comprendo tu desilusión
al ver que tu jefe rechaza
tu magistral información.
¡Oh! reportero, tú has de ser
lo que anhelas en tus ensueños:
tienes el oro de la raza
y en tu pecho duermen tal vez
los donaires de Jotabeche,
de un Errázuriz la altivez,
la ironía de Orrego Luco
y la sal de Díaz Garcés.

Periodista genial, que te atreves
a turbar el reposo del prócer
con tu breve entrevista verbal,
yo te admiro el talento que gastas
para hallar una idea donde hay
sólo huecas palabras de orgullo
o una torpe y pueril vanidad.
Mas tu obra ¡oh! artista es secreta,
como lo es la bendita labor
de la planta que saca del lodo
el aroma y la luz de la flor.

Periodista bohemio, que luchas
en el pobre rincón provincial
con la inercia criolla o la astucia

de algún tiranuelo rapaz,
prosigue sin miedo: tu pluma vibrante,
tal vez inexperta,
es como una hacha pequeña y tajante
que, en el matorral
de ignorancia y prejuicios,
la senda primera
preparando está;
y en tanto las hojas
de tu semanario,
impresas con tintas de amor y verdad,
anuncian que ya viene
el alba espiritual,
tú sigues soñando,
periodista poeta, erguido en el páramo
de tu soledad,
como un atalaya
de fe y esperanza
sobre la llanura desierta del mar.

Periodista venal
que te vendes en pública feria,
no eres digno de estar
en el gremio sagrado que tiene por ley
el honor y el ideal.

Judas Iscariote vendió a su maestro
una sola vez.
Tú eres más cínico
y más traidor,
porque sigues vendiendo a tus propios hermanos
y haciendo cada día
una nueva traición.

Periodista mártir, yo te saludo
con la voz trémula
por el espanto que me causara
de los bandidos la iniquidad.

Sangriento y abandonado,
quedó tu cuerpo
al golpe insólito del puñal;
pero tu espíritu, como la estrella
que estando muerta,

sigue brillando en la inmensidad,
aun arroja sobre nosotros,
en un ejemplo de sacrificio
y abnegación,
las enseñanzas y los ideales
que defendiste,
desde tu diario, como un campeón.

Periodista que vas a la lid
llevando en la mano el cuaderno
y la pluma, en lugar del fusil,
cual los otros,
eres joven soldado también.
Si sucumbés, tendrás
una anónima cruz solitaria
en lejano lugar;
y si logras volver,
mientras llenan la calle las huestes triunfantes
y resuenan los hurras por el vencedor,
tú irás a la imprenta
sereno y callado
y después de abrazar a tus buenos amigos
con los ojos húmedos por la emoción,
volverás a ocupar en la sala,
como antes, tu viejo sillón.

Periodista del mundo,
a vosotros os toca
la más ardua misión
en esta hora siniestra
que tiñe el horizonte
de rojo resplandor.

Sed vosotros heraldos
de la paz y la unión;
llamad a la concordia
con palabras de amor,
y habrá en cada frontera
una encina de paz,
el humo de las fábricas
libre se expandirá,
los grandes rotativos
alegres lanzarán

sus hojas como notas
de una canción triunfal,
y de Boston a Río,
de París a Shanghai,
sólo habrá una bandera:
la de la humanidad.